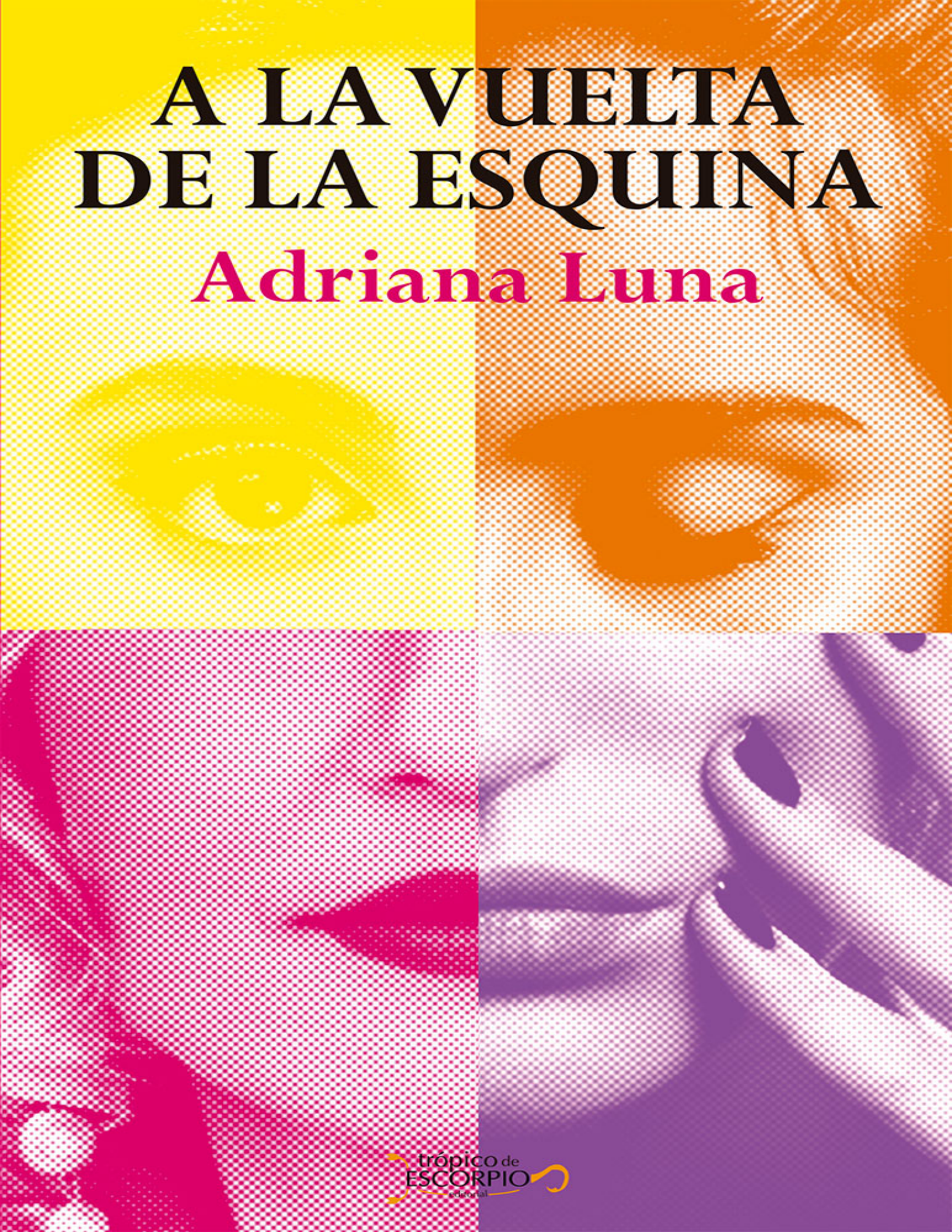
A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Adriana Luna



trópico de ESCORPIO
editorial

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Adriana Guadalupe
Luna Flores

trópico de ESCORPIO editorial

A LA VUELTA DE LA ESQUINA
Primera edición: abril 2020

ISBN: 978-607-9281-95-3

© Adriana Guadalupe Luna Flores
© Gilda Consuelo Salinas Quiñones
(Trópico de Escorpio)
Empresa 34 B-203, Col. San Juan
CDMX, 03730

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Distribución: Trópico de Escorpio
www.tropicodeescorpio.com
FB: Trópico de Escorpio

Diseño editorial: Karina Flores

HECHO EN MÉXICO
Heurística Informática, Procesos y Comunicación Objetiva

A todas las mujeres de mi linaje familiar,
compañeras y mentoras.

A las amigas
creadoras de espacios perfectos.

A la infinidad de mujeres valientes,
que viven día a día,
sin saber lo que encontrarán
a la vuelta de la esquina.

1. La reunión

Karina había llegado temprano al restaurante, como siempre lo hacía, estar soltera y sin hijos de verdad se traducía en ser puntual a la hora de los compromisos, no como sus amigas, que siempre llegaban corriendo y atareadas; además no dejaban de lado el celular mientras estaban juntas porque los hijos las traían en jaque.

Respiró tranquila, el mesero la condujo hasta la mesa reservada, la de siempre, en ese lugar ya eran conocidas porque dos o tres veces al año se aparecían las cuatro para celebrar alguno de los cumpleaños y esa no era la excepción, Eugenia era la festejada.

Se dejó caer en una de las sillas y pidió que le trajeran una copa de vino tinto. Era una mujer muy atractiva: alta, delgada, de ojos verdes, y cuando caminaba sentía que todo a su alrededor era suyo, siempre fue la más claridosa de las cuatro, no se andaba con tapujos y a cada una le decía lo que pensaba, así era ella.

Contempló su reloj, las 7:15. *Bueno, parece que de nuevo tendré que esperar*, se dijo, y cuando el mesero le trajo la bebida pidió una botana de champiñones al ajillo. Había salido del trabajo y de inmediato se dirigió a la línea para cruzar a Tijuana, hizo más de una hora de camino, así que estaba hambrienta, ya la tripa grande se estaba comiendo a la chiquita.

Sacó el celular y escribió en el chat del grupo de *WhatsApp*, “¿dónde andan?, ya estoy aquí”, lo puso en la mesa y de pronto empezaron a llegar las notificaciones, primero Fernanda, “voy en camino”, luego Palmira “*sorry*, estoy atorada en el tránsito, llego en un rato”, en ese momento apareció Eugenia.

—¡Ay, qué pena, amiga, tú siempre tan puntual! —Karina le dio un abrazo apretado, le deseó muchos años más y terminó con un beso en la mejilla.

—Bueno, al menos ya no tendré que esperar sola porque al parecer las chicas van a tardar, acabo de pedir una botana porque tengo mucha hambre.

—¡Mesero!, ¿me puede traer una copa de zinfandel bien helado? —luego volteó a ver a su amiga— Creo que ya empieza a hacer calor.

—Creo que más bien es la “meno” —y soltó la carcajada.

—¿Tú crees?

—¿No has ido con tu ginecólogo?, desde la reunión pasada no has dejado de abanicarte.

—Sí, tengo que ir. Lo que pasa es que apenas me va a tocar la revisión anual, ahí le comentaré lo que me está pasando. También tengo problemas de insomnio.

—Ay, qué bueno que yo no sufro de eso, no cabe duda de que el no tener pendientes, ni hijo ni marido, hace que duerma a pierna suelta.

De pronto voltearon hacia la puerta donde ya se encontraban sus amigas.

—Al fin, ya se estaban tardando.

Fernanda y Palmira llegaron a la mesa escoltadas por el mesero y saludando.

—Por favor me trae una limonada con agua mineral. El tráfico estaba muy pesado, no sé qué sucede en Tijuana, ya hay muchos carros en cualquier vía, y los viernes como hoy ni se diga, con eso de que vienen todos los emigrados a llenarnos la ciudad.

—Hey, hey, no empieces, Palmira, que yo también vengo de allá —replicó Karina.

—Bueno, el caso es que ya estamos aquí. Yo quiero una margarita de fresa, por favor.

Cuando todas tuvieron sus tragos en la mesa, brindaron por el encuentro, en verdad, cada una disfrutaba esas reuniones que mantenían desde hacía más de veinticinco años. Fernanda, Karina y Eugenia se habían conocido en la secundaria, Palmira se integró durante la preparatoria. Al principio, la joven de Ensenada no les caía muy bien porque parecía muy modosita y muchas de las bromas que hacían no le gustaban; con el tiempo se fue acomodando al grupo y acabó por acostumbrarse a la forma de ser de sus amigas. Después, cuando tuvieron que separarse para estudiar la universidad, seguían viéndose y participaban de lo que estaba pasando en su vida. Habían compartido tantas cosas en esos años que cada una consideraba a las otras como sus hermanas, entre ellas no había secretos, o al menos así lo creían. Y gracias a la tecnología se encontraban más cercanas y se ponían al corriente a través del chat y en las redes sociales.

—Bueno, en vista de que yo ya tengo mucha hambre y llegué muy temprano ¿qué les parece si ordenamos?

—Sí, claro.

Después de ordenar los platillos continuaron platicando.

—Oye, Palmira, ¿cómo le ha ido al Partido de tu esposo en esta campaña?, porque parece que no le va a ir nada bien. La gente está cansada de tanta corrupción. Lo malo es que si pierde, a tu *honey* se le acaba la chamba.

—Mira, Karina, yo sé que la gente está muy desanimada en estas elecciones, pero también tienen que entender que no todas las personas son iguales, mi esposo no solo va con el candidato a presidente municipal, sino también está apoyando al diputado de nuestro distrito, y de verdad te puedo decir que es una excelente persona, no tiene ninguna mancha en su historial.

—¡Ah, caramba! ¿Y dónde se encontraron a esa joya?, porque la mayoría están bien quemados —replicó Eugenia.

—Miren, chicas, no empecemos a hablar de política porque la última vez no llegamos a nada, no creo que en esta mesa podamos solucionar los problemas de nuestra ciudad, pero sí creo que puede haber todavía personas honestas, nada más hace falta encontrarlas. Además, ahora tenemos más opciones con los independientes y con los nuevos Partidos.

—Tienes razón, Fer, cambiemos de tema. Y tú, Karina, ¿ya terminaste las declaraciones de impuestos de tus clientes?

—Sí, por fortuna el trabajo pesado ya pasó y ahora solo estamos viendo los casos de aquellos a los que aún no les llega la devolución del *income tax*. En un mes más o menos estaré cerrando los pendientes y luego me largo a una playa a descansar.

—Suertuda, y ¿con quién vas a ir?

—Pues ya les había contado de Samuel la vez anterior, yo creo que me voy con él. Ha estado insistiendo en que

hagamos un viaje para tratarnos más y ver si nos animamos a vivir juntos; aquí entre nos, les digo que no, yo no cambio mi libertad por nada.

—Deberías darte la oportunidad de tener una pareja estable.

—¿Para qué? Así estoy bien. Además, ¿quién garantiza que una pareja sea estable? Ya ves tú, Fernanda, te casaste muy ilusionada y el desgraciado de tu marido terminó por ponerte el cuerno con una más joven y ahora estás divorciada y sola; bueno, con tus dos hijos. Eso de la estabilidad es relativo.

—Estoy de acuerdo con Karina, ya ves lo que me pasó a mí, me enamoré en la universidad, quedé embarazada de mi compañero de carrera y nos dimos cuenta de que no estábamos listos para compartir una vida, tuvimos a nuestra hija y no puedo negar que siempre me ha apoyado con ella, pero ahora estoy con Mario y francamente, no me decido a formalizar la situación, ¿qué tal y de repente me doy cuenta de que no quiero pasar el resto de mi vida con él?

—Mira, Eugenia, yo creo que tú le andas sacando al compromiso. En realidad, si yo me encontrara un hombre como Mario, sin pensarlo dos veces le diría que sí —opinó Fernanda.

Los temas siguieron fluyendo en la mesa mientras servían los platillos. Hablaron del clima, de la inseguridad y del temor de que un gran terremoto azotara la zona, todo era noticia en la actualidad.

Ya en los postres, a Eugenia le trajeron un pastel con una vela y una avalancha de meseros se dejó venir a la mesa

para cantarle las Mañanitas, en un muy desafinado coro que ellas celebraron con aplausos y fotos, que quedarían para recuerdo en las redes sociales.

—Chicas —apuntó Palmira— el próximo cumple es el de Karina. ¿Dónde vas a querer que te celebremos, amiga?

—Desde luego en San Diego, acabo de ir a un restaurante que se encuentra en pleno centro y quiero que lo conozcan, además ya toca que ustedes crucen la línea, no que siempre soy yo la que hago esas enormes filas.

—Está bien, fijen la fecha, nada más acuérdense de que no puedo el tercer fin de semana de cada mes, por el curso que estoy tomando.

—¿Cuándo vas a parar de tanto curso, Eugenia?

—Ya déjala, Kari, sabes bien que a ella siempre le gusta estar actualizada y su profesión de psicóloga le exige que esté a la vanguardia en nuevas técnicas de psicoterapia.

—Bueno, ni que me pagaras mis cursos, además ahí me siento muy bien y, aparte, aprendo.

Sin más discusión fijaron la fecha, la apuntaron en la agenda de sus celulares y pidieron los carros para retirarse.

Las cuatro se despidieron efusivamente. Su amistad era muy valorada por cada una, habían compartido tanto en esos años, que parecía imposible que hubiera secretos o mal entendidos; sin embargo, juntas estaban por descubrir otras facetas en su vida, que las enfrentarían a nuevos caminos en los que la amistad probaría su fuerza.

2. Fernanda

Vivía en una colonia de las más céntricas y viejas de Tijuana; las casas eran muy similares, de una sola planta; tenían jardín al frente y área de estacionamiento para dos carros. Cuando se divorció de Jaime decidieron que ella se quedaría con la casa para que los chicos no resintieran el cambio, claro que todo fue con la condición de que la pensión alimenticia bajara y ella se pusiera a trabajar para completar los gastos. Esto no le importó, había hecho la carrera de Administración de Empresas y no tardó mucho en conseguir empleo, de eso ya hacía cinco años. No podía negar que, además, cuando algo les hacía falta a sus hijos, su ex la apoyaba de inmediato. Lo que no le gustaba es que siempre trataba de ganarse a los chicos con cosas materiales, sobre todo con aquello que ella no podía darles, como aparatos electrónicos caros y vacaciones al Caribe, Miami o Canadá.

Entró a la casa y fue directo a la cocina, dejó la bolsa en la barra junto con las llaves y se sirvió un vaso de agua. Le gustaba su espacio, lo había decorado con mucho esmero cuando compraron la propiedad, a los tres años de casados. Resultó una ganga, los dueños eran una pareja de ancianos que vivían solos y tenían la casa muy cuidada; querían irse a un lugar más pequeño y cercano a sus hijos, que vivían al otro lado de la frontera. Incluso hasta pensaron que era un

buen augurio que una pareja, con una larga historia de casados, les hubiera vendido la casa.

Fernanda se quitó los zapatos, tenía la costumbre de hacerlo y dejarlos en cualquier sitio, caminó descalza hasta el cuarto de televisión, al lado de la cocina; se sentó en el cómodo sillón frente al aparato, tomó el control de la mesita de al lado y de inmediato empezó a buscar algo interesante en la programación.

La estancia se sentía muy sola sin sus hijos, era el fin de semana que se iban con su papá; aunque Jimmy ya tenía 20 años y cursaba el cuarto semestre de la carrera de Odontología, no desaprovechaba la ocasión para quedarse con su padre porque de él obtenía regalos y concesiones que ella no le daba.

Fernandita por el contrario, trataba de poner pretextos, pero el progenitor se encargaba de convencerla siempre con la compra de un nuevo aparato. A Fernanda no le gustaba constatar que sus hijos se hubieran convertido en dos jóvenes interesados, le dolía que sus enseñanzas no tuvieran la suficiente fuerza ante el poder del dinero de su exmarido.

Jaime era una buena persona, un excelente dentista con especialidad en endodoncia, muy reconocido en la ciudad. Precisamente ese buen prestigio lo había convertido en un individuo muy diferente a aquel con el que se casó. Ahora, con su nueva esposa, quince años más joven, se dedicaba a andar en todas esas reuniones del llamado *jet set* de la ciudad; edificaron su casa en una privada de Hacienda Agua Caliente, uno de los fraccionamientos más caros, y se la pasaban entre fiestas y viajes.

¿Por qué venían a ella todos estos recuerdos?, ¿por qué siempre le daba tantas vueltas a esa vida de la que ya no era parte? Su marido la había engañado con la recepcionista de su consultorio, cuando ella se dio cuenta de la infidelidad no lo pudo soportar. Además, supo que no fue la única con la que le puso el cuerno. Él le pidió perdón le dijo que las cosas iban a cambiar, pero ella ya no estuvo dispuesta a seguir a su lado. Sobrevino el divorcio y dos años más tarde él se casó con otra mujer, *esa que ahora disfruta de los viajes, de tus hijos y todas las comodidades que tú deberías tener*.

Se llevó las manos a la cabeza, sabía que nada de lo que pensara iba a cambiar la situación actual, aunque no podía negar que le seguía doliendo.

Frente a sus amigas manifestaba una total indiferencia hacia su exmarido y todo lo que lo rodeaba. Eugenia era con la única que se atrevía a mostrarse tal cual era: con la rabia y el coraje que llevaba a cuestas porque en realidad nunca había podido perdonar a Jaime, la traición le seguía doliendo como el día en que se dio cuenta de su infidelidad.

Su amiga le había recomendado que fuera con una psicóloga porque era importante que trabajara todo eso que traía dentro. Ella quedó harta de esas sesiones a las que tuvieron que ir, por los chicos, cuando se separaron, con el fin de que todo se hiciera en santa paz, y así fue, en completa paz, aunque por dentro estuviera librando una terrible guerra.

Seguía cambiando los canales en forma automática, nada le parecía interesante; apagó el televisor y fue a su

recámara, *quizás no fue buena idea que te quedaras en esta casa con tantos recuerdos*.

Empezó a desvestirse, el espejo del tocador le devolvió la imagen, no le agradaba su cuerpo, desde hacía dos años había empezado a aumentar de peso. El médico le había dicho que era por la menopausia, muchas mujeres subían de peso en este ciclo de su vida, así que había que cuidar la alimentación y hacer ejercicio, algo que nunca le agradó. Además, a qué hora lo haría, entre el trabajo y los quehaceres de la casa apenas le quedaba tiempo libre. En fin, algo debía hacer porque no estaba contenta con las dos tallas que había ganado.

Por otro lado, le gustaba su piel blanca, el cabello lacio que llevaba arreglado en una melena y sus grandes ojos de color café claro, que resaltaban en el óvalo de su cara; ponía mucho empeño en el maquillaje, aunque no en su vestimenta que siempre era muy casual; no como la de sus amigas, que siempre lucían muy elegantes.

Pensó de nuevo en sus hijos, ¿qué estarían haciendo?, miró el reloj, *las 11:30 p.m., de seguro están en alguna fiesta o se fueron a algún sitio de fin de semana*, así era su exmarido, cuando no tenía pendientes en el consultorio los sábados, se lanzaban a algún lugar a acampar o se iban a los parques de diversiones de Los Ángeles, aunque ahora, con el embarazo tan avanzado de su esposa, posiblemente se habrían quedado en casa. Además, su hija siempre la llamaba cuando salían de la ciudad.

Se acomodó en la cama. La sintió inmensa, desde su divorcio no había tenido ninguna relación y no negaba que muchas veces, como ahora, lamentaba la falta de un

compañero. Iniciar un romance le causaba miedo y a la vez pereza. En los últimos cinco años se había acostumbrado a no tener que rendir cuentas de su vida, su mundo giraba alrededor de sus hijos y el trabajo, pensar en que un tercero en discordia entrara al cuadro la asustaba, ¿qué pensarían los muchachos?, “tus hijos están creciendo y en algún punto de la vida se marcharán”, le habían dicho sus amigas. Este argumento no la convencía, ¿o sería que algo más la estaba preocupando? No podía negar que en los últimos meses notaba cambios en la conducta del primogénito, siempre había sido un buen estudiante que nunca le dio problemas en la escuela, ahora que asistía a la universidad, ella ya no estaba sobre él para ver las notas, se las mostraba al final del semestre, cuando imprimía su historial y tenía que inscribirse para el próximo; por tanto, en unas cuantas semanas terminarían las clases y entonces vería sus evaluaciones, *quizás estoy viendo moros con tranchete, además su papá tiene muchos amigos entre sus profesores, de seguro ya le hubieran dicho algo si es que va mal*.

Sin embargo, su instinto de madre le decía que algo estaba sucediendo. Empezó a repasar los últimos meses, el inicio del semestre, su relación con la novia; no era raro que se disgustaran en forma continua y luego sin más se reconciliaran. Todo empezó aquella noche cuando llegó tomado de una de las fiestas que organizan los universitarios a fin de recaudar fondos para su graduación, lo notó raro, se lo preguntó directamente:

—¿Consumiste algo más que alcohol?

—No, madre, ¿cómo crees?, a mí no me gusta hacerle a eso.

—¿Estás seguro?

—Sí, mamá, nomás fueron unas cuantas cervezas.

—No creo que hayan sido unas cuantas sino unas muchas, porque nunca habías llegado así.

—Ya pues, me voy a dormir, tengo mucho sueño y no te preocupes, no le estoy haciendo a nada.

—Más te vale porque no trabajo tanto para que ustedes me paguen mal.

Jaime se dirigió a su cuarto agitando los brazos por encima de su cabeza.

Al día siguiente se levantó como si nada, el tema ya no se tocó, pero ella no podía dejarlo de lado. Aunque ya no volvió a llegar en el mismo estado, sus actitudes no le gustaban; se retiraba a hablar cuando le llegaban llamadas al celular y había un tono misterioso en su voz; salía muy seguido y ya no lo veía estudiando por las tardes. Quizás lo hacía por las noches, aunque nunca fue su costumbre. Ahora veía la luz del cuarto prendida hasta muy tarde, pensó que a la mejor eran ideas de ella. Quiso hablarlo con su exmarido.

Él le dijo que no fuera quisquillosa y dejara de ver programas policiacos, que el Junior estaba bien y era normal que ya no le compartiera todo lo que hacía, porque se estaba convirtiendo en todo un hombre y eso lo hacía sentirse orgulloso.

—Por favor obsérvalo, no te cuesta nada, y trata de hablar con él de hombre a hombre, como tú dices, yo creo que necesita que la relación contigo sea más cercana y no de puras diversiones.

—Ya vas a empezar, ¿qué pero le pones a la relación con mi hijo?

—Le pongo el pero de que en lugar de que te vayas con él a echarte unas cervezas “como amigos”, platiquen como padre e hijo.

—Mira, después hablamos, tengo pacientes esperando, *bye*.

Era todo lo que había obtenido de su ex; para él, ella era una exagerada que siempre estaba inventando cosas.

Apagó la luz, su cerebro continuó encendido, le preocupaba Jimmy, el bebé que tuvo en sus brazos y que día a día lo sentía más alejado de ella.

3. Karina

Cruzó la frontera de regreso, le tomó menos de diez minutos gracias a que contaba con la tarjeta de línea sentri, para cruce rápido.

Estaba en camino cuando recibió la llamada de su novio, contestó en el sistema de comunicación de su carro.

—Hola, Samuel.

—¿Así nada más, tan seca?

—Ya vas a empezar, bien sabes que no soy nada tierna ni cariñosa.

—Eso que te lo crean los demás, yo sí conozco esa parte tierna y cariñosa que dices no tener, pero que día a día descubro más en ti —ella soltó la carcajada.

—Qué novelesco sonaste.

—Ya ves, tú me inspiras.

—Y ¿dónde estás?

—En mi casa, ¿dónde más?, como dijiste que volverías tarde no hicimos planes, aunque yo estoy listo para ir a donde tú quieras.

—No, ya es muy tarde y tuve un día de mucho trabajo, así que lo que más deseo es darme un baño de agua caliente y tomar una copa de vino e irme a la cama.

—Yo no interrumpiría nada de lo que vayas a hacer, es más, me ofrezco para tallarte la espalda y después velar tu sueño.

—¡No te aguantas! Mira, en verdad ya es muy tarde y mañana nos vamos a ver como quedamos, así que descansemos porque el día pinta muy activo.

—¡Eso me gusta! ¡Prepárate!, llego temprano para ir a desayunar.

—Ah no, por favor no tan temprano, dame chance de dormir un poco más, ¿te parece bien a las diez?

—Está bien, paso a las diez; te mando un beso, preciosa.

—Yo también, buenas noches.

Estacionó el carro en la amplia cochera de entrada automática, la puerta en el garaje comunicaba con un pequeño pasillo que iba directo a la cocina; desactivó la alarma y de inmediato la volvió a activar, se deshizo de su bolsa y las llaves, sacó una copa grande de un mueble de la cocina y de la barra tomó una botella de vino tinto que estaba empezada, se sirvió y con la copa en mano se dirigió al segundo piso por la escalera alfombrada; al final de la misma, del lado derecho, había una pequeña estancia con un *love seat* frente a un gran televisor; del lado izquierdo había tres recámaras, ella dormía en la principal, otra era el cuarto de visitas y la tercera la había convertido en una especie de estudio con escritorio, computadora, impresora y montón de documentos en diferentes carpetas y estantes con libros. Al pasar echó una ojeada verificando que todo estuviera bien y entró a su cuarto.

Abrió la llave del agua caliente, se sujetó el pelo en un chongo y se metió a la regadera. Le gustaba el agua bien caliente, la relajaba y la hacía entrar en un sopor reconfortante. Talló su cuerpo con la esponja y enseguida dejó que el agua recorriera la piel alejando la espuma que la

cubría; cerró la llave y se envolvió en la bata de baño. Se frotó como lo hacía siempre, se puso una bata sencilla y pensó, *si Samuel estuviera aquí, no hubiera querido que usara nada*, la sola imagen de su pareja la hizo sonreír, *este hombre sí que me ha hecho perder la compostura*. Se dejó caer en la cama, recuperó la copa y le dio un trago.

Recordó los inicios de su relación con Samuel: llegó a su oficina para que le hicieran los impuestos, tenía seis meses que se había mudado de la ciudad de San Francisco a San Diego, por asuntos de trabajo, era socio de una compañía de bienes raíces y le iba muy bien, según lo que pudo ver en su *income*.

De inmediato se dio el flechazo entre ellos, era la primera vez que le pasaba, a pesar de haber tenido varias relaciones ninguna empezó con ese arrebato.

Le dio otro trago a la bebida y cerró los ojos, Samuel empezaba a ser importante en su vida, como nadie lo había sido hasta ese momento; bueno, a excepción de ese amor de secundaria y del platónico con su profesor de Español de la preparatoria. Sonrió, ninguna de las relaciones que tuvo con anterioridad le movieron tanto el tapete. En todas mantuvo las riendas, ella decidía y jamás le importó herir los sentimientos de alguien solo por acceder a caprichos.

No le gustaba perder el control, por eso la asustaba tanto su relación con Sammy, con él se convertía en un ser vulnerable, presa fácil; agitó la cabeza, ¿por qué se empeñaba en seguir siendo la dama de hierro, como la llamaban sus amigas?

Muchos años atrás decidió su futuro: no matrimonio y no hijos. Provenía de un hogar en el que las cosas no fueron del

todo buenas: un padre alcohólico que llegaba gritando insultos y su madre no hacía más que mantenerse sumisa, a su lado. Ella era la segunda de cinco hijos y siempre pensó, *¿casarme para que me toque uno como mi padre?, ni loca, ¿y tener hijos para convertirme en una mujer dependiente? Jamás*.

Así había sido su vida, sin comprometerse, a sus 44 años estaba segura de haber cumplido su propósito, pero de repente apareció Samuel y cambió todo el panorama.

Empezaba a pensar en compartir su vida con alguien y esto le producía inquietud, ¿dónde se encontraba toda su fuerza y decisión?, ¿acaso se enamoró tanto, que iba a lanzar todos sus planes por la borda?

Bebió el último trago, lentamente se dirigió al baño para lavarse los dientes, tenía sueño, se acostó, ya no quería pensar porque el miedo a equivocarse no hacía más que acrecentar sus dudas. ¿Y si Samuel no era la persona por la que debía abandonar sus ideales? ¿Qué tanto sabía de él? ¿Qué tanto podía esperar de él?

4. Eugenia

Era sábado y tenía dos pacientes citadas en su consulta. Se encontraba en la cocina, enfundada en una bata de casa, haciendo los deliciosos chilaquiles que Lorena y Mario no le perdonaban los fines de semana, era el único día que podían desayunar juntos porque entre semana ella daba clases desde las siete de la mañana en la universidad y los domingos, por lo general, Lorena desayunaba con su papá.

Su hija estaba por terminar la carrera de Comunicación y aunque ya tenía 23 años, le encantaba consentirla con sus platillos preferidos, su niña se había convertido en toda una mujer y era posible que muy pronto emprendiera el vuelo, por eso trataba de aprovecharla al máximo.

—¡Ya está el desayuno! —gritó asomándose por las escaleras.

Casi de inmediato bajaron ambos, Lorena todavía en pijama y Mario enfundado en un traje gris claro cuyo saco dejó colgado en una de las sillas del comedor, ella besó a su hija y se sentaron a la mesa.

Con el primer bocado Lore dijo:

—Te quedaron deliciosos, mami, como siempre, ahora les pusiste algo más.

—El mismo ingrediente: todo mi cariño.

—Ah, bueno, pero ahora fue más intenso —riéndose.

—Te quedaron muy ricos —comentó Mario inclinándose para darle un beso— ¿a qué hora te vas al consultorio?

—En cuanto terminemos de desayunar limpio la cocina y me doy una manita de gato, tengo a mi primera paciente a las once.

—Mamá deja, yo limpio la cocina al rato.

—Ya sabes que no me gusta dejar nada sucio y si a mi regreso no lo has hecho, me voy a molestar, así que mejor me ayudas a recoger y a limpiar la mesa, yo lavo los trastes y san se acabó.

—Está bien, no hay quien te gane.

—¿Y tú que piensas hacer hoy?

—Me voy a quedar estudiando porque tengo un examen muy pesado el lunes y en la tarde saldré con unas amigas.

—¿Vas a llegar temprano?

—Ay, mami, me sigues tratando como una adolescente, ya sabes que siempre te aviso a dónde voy y si no me trae alguno de mis amigos pido un Uber.

—Sí, ya sé que sabes cuidarte, pero no puedo dejar de preocuparme y no me duermo hasta que llegas.

Mario permaneció callado durante la conversación entre madre e hija, muy atento a sus chilaquiles, y solo de vez en cuando levantaba la vista hacia una o la otra, sabía muy bien que no le tocaba entrar en los asuntos que concernían a Lorena. Cuando decidieron vivir juntos, hacía un poco más de cuatro años, Eugenia se lo dijo en forma clara “no se te ocurra intervenir en lo concerniente a la relación con mi hija, eso nos toca a los padres y aunque siempre ha vivido conmigo, su papá nunca se ha desentendido de ella ni en lo económico ni en lo emocional; si tú respetas eso tendremos la fiesta en paz, de lo contrario yo tendría que escoger y te

aseguro que en la balanza pesa más mi hija", así era ella de directa.

Eugenia había conocido a Mario cinco años antes, cuando ambos se encontraban haciendo fila en un banco de la Zona Río: intercambiaron algunas palabras; a ella se le hizo muy guapo ese hombre alto, canoso, de mirada tranquila y voz grave, pensó: *que tipo tan interesante, ¿será casado?*, luego pasaron a ventanilla y al salir ya no lo vio. Eugenia era una mujer alta, de cabello corto y labios gruesos, de ojos ligeramente rasgados, café oscuro, su principal atractivo era la mirada traviesa que asomaba cuando su dueña lo permitía.

No volvió a ver a Mario hasta semanas después, cuando se toparon en Soriana; aun de lejos lo reconoció, él veía unos productos de limpieza y ella, sin preámbulos, se colocó a su lado fingiendo buscar alguno, "ese no parece muy buena opción, deja una película opaca en las superficies, le recomiendo este que además tiene muy buen aroma." Se volvió a ver a la mujer que le hacía la recomendación y preguntó con un gesto: "¿en el banco?" Ahí empezó todo, se enteró de que era divorciado, tenía dos hijos ya adultos, uno vivía con su mamá y el otro estaba casado. Al escuchar que ella no tenía pareja la invitó a tomar un café y luego siguió el romance: Eugenia había salido con varios hombres en los últimos años, pero ninguno la convenció; además, hizo el firme propósito de no llevarle un padrastro a su hija, que en ese entonces tenía dieciocho, no quería que ningún extraño irrumpiera en la privacidad de ambas. Al haber vivido tanto tiempo solas se desarrolló en ellas una relación madre-hija en la que el amor, el respeto y la confianza eran

privilegiados. Terminaron de desayunar, Mario se despidió y Lorena la ayudó a levantar la mesa.

—Oye, ma, ¿crees que mi papá podrá apoyarme con lo de la graduación?, porque ya se acerca.

—¿Has hablado con él?

—Pues no, pensé que tú se lo dirías.

—Bien sabes que no me gusta triangular información, así que díselo tú.

—Está bien, hoy lo llamo.

—Nunca te ha dejado de apoyar, al igual que lo hace con sus otros hijos —hablaba mientras ambas recogían la cocina.

—Ya lo sé, pero a veces me cuesta trabajo pedir, me gustaría que fuera él quien me lo ofreciera o te diera a ti el dinero, como lo hacía hasta que cumplí la mayoría de edad. Ahora los asuntos económicos los trata conmigo.

—Eso lo decidimos ambos, yo no quería que él pensara que me mantenía y era más fácil que te depositara para tus gastos directamente; además, tienes que estar consciente de que ahora que termines tu carrera empezarás a trabajar y es posible que tu padre deje de ayudar como lo ha hecho hasta ahora.

—Él me dijo que si estudio la maestría me apoyará.

—Qué bien, siempre ha sido muy responsable. Bueno, ya terminamos, me voy a arreglar porque se me hace tarde.

—Voy a mi cuarto a estudiar, ¿a qué hora regresas?

—Como a las dos, quiero hacer las costillitas que te gustan para la comida.

—*Yessss*, me encantan, te quiero, mami —le estampó un beso en la mejilla y subió la escalera corriendo—. Eugenia